
Enrique Bunbury
Exilio Topanga
La Bella Varsovia / Poesía

ENRIQUE BUNBURY
EXILIO TOPANGA

Madrid; Ed. La Bella Varsovia, 2021

Dedicado a quienes me acompañan
En este y todos los viajes:
J.G. y A.B.G.

En memoria de B. L. T. C. (2016-2021)

Los soñadores

Los soñadores, aferrándose
a sueños de fe incierta.
Carabinas y pistolas,
amarre de desencanto
cargado de munición:
calibre punto treinta.
No aciertan en la diana.
El martillo percutor
se escurre entre los dedos,
chorreando como lava
por la falda de un volcán.

Los soñadores perdieron,
o no encuentran, el camino
para regresar. De un lado se paran.
del otro avanzan, arrastrándose
como reptiles de cuerpo-escama,
parados frente al teclado
de una computadora.
Perdiendo el tiempo, pensando
el tiempo perdido, de espaldas
a una realidad aparte, dudando
entre la pastilla roja o la pastilla azul.

Los soñadores no eligen:
nadie puede hacerlo.
La libertad es una palabra suelta
que anda por la cuneta, en soledad
por caminos angostos,
piedra y arena de grava:
camino de tierra nueva,

que elude repetir historias
contadas de boca a oído,
que no se lleva el viento
como capitana o salicor.

Los soñadores, que van
y vienen hacia sus destinos,
que parecen dormir de día,
que de noche nadie se encuentra.
Apagan la luz y revientan
la bombilla del casquillo,
pasada de rosca, salpicada
de óxido, cobre y tungsteno,
ampolla de vidrio al vacío
y obsolescencia programada.

Los soñadores son mayoría
frente a los que insisten
en poner la alarma del despertador
cada cuarto de hora,
como sádica tortura,
gota en la frente, cerilla
en las uñas, astilla de hueso.

Los soñadores no pierden
la esperanza de que un día
puedan reanudar los sueños,
planificar la semana o el mes,
iniciar una aventura romántica,
amantes del peligro y el riesgo.

Tener una visión poética,
una profética palabra
de aliento que decir a la boca,
a distancia milimétrica,
de la persona amada.

Los soñadores, descalzos,
caminan por el arcén
con el hatillo del hambre.

II

Entrada

No me costaba imaginar a mis padres

en la casa de Entrada Road.
La primera de las que vimos
en Topanga y que reunía
las señales celestiales
a las que se debe atender:
la estrella de Belén,
el cometa Halley,
la sonda Giotto...
Los buenos avistadores,
de indicios inequívocos,
los más atentos y esforzados,
sabemos distinguirlo y vislumbrar,
aunque cualquiera tenga un mal día
y deba morderse la lengua
y callarse y cerrar el piquito de oro.

No es fácil encontrar en las colinas terreno llano
con espacio suficiente para cultivar
tomates, calabacines, pimientos
y árboles frutales —granados y limoneros—,
sembrar el germen de un estudio
encima del garaje y casa de invitados
con vocación de galería de arte local.

Puerta trasera con salida
a los senderos ele la mano izquierda,
donde ver pastar venados,
coyotes, linces y pumas,
esquivando la civilización,
como tantos otros, hartos
de tanta Declaración Universal
de los Lugares Comunes,
divulgados a los cuatro vientos
por el Ministerio de la Verdad
y la Propaganda de la Razón
                Práctica y Pura.

Somos sensatos y aceptamos
que *la realidad desagradable asoma:*
no pensamos como nadie
y todos se esfuerzan
en llevarnos, con éxito, la contraria.
Así, nuestro lugar
quizás esté donde menos roce con el Sistema
                de Valores Dominantes,

sin atractivos dignos de mención.
Tampoco nos pangamos exquisitos
ni pisemos cascaras de huevo
de gallina feliz,
caminando de puntillas,
para jamás alcanzar
                    lo inalcanzable.
No es mi delito no convencer
ni a mi propia sombra
de nada que merezca la pena
o justifique una buena lucha
                    en el barro.

Digan lo que digan,
¡esta casa es tan perfecta!
Hasta que se presentaron Doug
y su presupuesto,
planificando tirar la cocina,
los baños y no-sé-qué-más.
Vivir entre gremios,
discutiendo el precio del baldosín...
Estirando indefinidamente
—como chicle sin sabor— el tiempo,
hasta la eternidad...
Soportando el ruido de fondo
de traqueteo de motores y martillos.
Todo el mundo lo sabe:
¡el infierno son las obras!

Misteriosa California

Elige una comunidad tranquila,
aislada netre montañas
de los vecindarios de la megalópolis.
Desde mil novecientos cuarenta y siete
                    —hay testimonios
es semillero virtual de avistamientos,
luces inexplicables,
naves metálicas e insólitas,
animales extraños,
humanos abducídos,
fenómenos de tiempo que se pierde.
Relatos sorprendentes,
testigos presenciales,

encuentros con lo desconocido.

Un equipo de investigadores paranormales
se adentra en lo inquietante,
lo inconcebible y lo aterrador.
Capturan evidencias
de lo singular y lo espeluznante
con enfoque científico,
o así.
Los muchachos de *Misteriosa California*
se presentan ante las cámaras
intrépida y formal la portavoz.
Su camarada, nerviosa,
no puede evitar
sonrísitas siniestras,
y el camarógrafo enfoca, o lo intenta,
allá donde apuntan las palabras.

Inspirándose en el libro
                        de Preston Dennett
quieren confirmar o desestimar
la leyenda de Topanga.
Eligen una loma, en el punto más alto
del cañón del Atún,
dispuestos a pernoctar
mirando al cielo, despejando
ecuaciones y luminiscencias.
El generadore de ruido blanco
produce un ruido *random,*
esperando un indicio,
entresacando una palabra
que no provenga
                        de radiofrecuencia.

«Ayúdame»
«Soy yo»
«¿Podría?»
«Soy yo»

La voz que se percibe,
tenue y en perfecto inglés,
podría provenir de un planeta
lejano; de otra galaxia en la que sus habitantes
también se comuniquen en un perfecto inglés.

En las imágenes ralentizadas

de la cámara de vídeo,
observamos varios flashes de luz.
Primero en la parte superior derecha
y luego, cruzando la imagen,
como pequeñas hadas fluorescentes:
¡qué belleza lo inexplicable!
¿Para qué desenmascarar
lo-que-sea-que-sea-eso
que parece contener
la magia ancestral
del Universo
en un millón
de opciones y milagros?

Aunque se esfuerzan e intentan
un ejercicio de meditación grupal,
preguntándose si es conveniente
cerrar o dejar abiertos los ojos,
pidiendo en oración y plegaria
que se manifiesten extraterrestres,
sus logros no quedan plasmados
en la cámara ni en la grabación.
Misteriosa California
tendrá que buscar
una ubicación distinta
en la que probar suerte
para otro magnífico programa.

No te conviertas en un extraño.

No te conviertas en un extraño.
Salva lo que puedas.
Abre paréntesis,
porque este es un tiempo bisagra,
y si perseveras
en esta locura y en sus reglas,
el mundo pronto te llamará Éxito.

El halago debilita.
El dinero y el poder
no te cambian: te exponen
y, si te descuidas,
todo te empieza a parecer
la cantidad exacta.

Estos son mis trofeos,
mis campañas, mis honores.
Especular sobre quién
recibió un mayor daño
no nos lleva a ningún lugar
interesante.

Tuve una buena infancia:
no debería ser como soy,
Sin embargo, pensar
en el pasado, mirar atrás,
me hace temblar como gelatina.

Prisionero en el banco
de los acusados,
todo secreto termina revelándose,
todo crimen se paga
con talón al portador.

Ante la posibilidad de volver
al lugar de la confrontación...
¡Aléjate o saldrás herido!
¡Quita la red que te protege,
huye del mal
de lo conforme,
por puro impulso de esplendor
y resistencia!

Los beneficios que compensan
el sacrificio realizado:
una canción para el mediodía.
Solo música y versos.
¡No estamos aquí
ejerciendo la neurocíencia!

La contrariedad es
solo comparable a mi obstinación,
capaz de cometer el mismo error
mejor que nadie en este mundo.
En convivencia con la euforia
e iluminado por un distante fulgor
de esperanza.

La alternativa —al menos
en estos momentos—
es caminar a ciegas.
No proyectar ninguna sombra.

No dejar huella,
ni memoria, ni rastro.

Estando como estamos
en medio del océano,
sin atísbar la costa
de partida o de llegada,
da lo mismo seguir
adelante que volver
por donde hemos venido.

Tristeza desconocida

Tristeza desconocida
de origen insólito,
contagios de media tarde,
esparcidos al unísono
como canto de la coral
                    de Santa Engracia,
capilla de esquina añeja,
de ciudad de provincias,
con meados de perro flaco
y borrachos de madrugada.

Escapémonos de este
Congreso de Tristezas
mío,
busquemos dónde escondernos,
como lagartos perseguidos
por felinos al acecho.
Vuelta de tuerca y de llave,
¿quién la maneja a su antojo?
En silencio,
por no saltar
                    al cuello de nadie,
por no desatar la violencia
de cuerdas, de nudos contenidos
en mil años de asfixia.
Cállate y no me respondas.
Necesito el silencio y el canto
de los pájaros en el alambre,
el canto

de los tendidos eléctricos.
Cállate, no hay nada
que pueda mejorarlo.
Mi voz es hoy amarga
                    y espanta
aquello que más he querido,
No temas, no me has derrotado,
tristeza de mil batallas.
Puedo recuperarme en un día,
puedo recuperarme en un mes.

¡Qué escenario de mierda!
¡Qué montón de mentiras!
No puedes confiar en nadie,
todo se esfuma y se desmorona
como un castillo de naipes,
como el cascarón de un barco
en el interior de una botella vacía.

La contemplación
de cuatro paredes turquesa,
cortinas de color escarlata
y cuadros de terror-
                    de la Universal:
¿qué esperas de un cambio de escena?
¿Una alegría sorprendente y añil?
¿Una perspectiva caballera?
¿Un aire virginal, inédito?
¿Sin contaminación verbal?
¿Sin palabras huecas ni forzadas?

Renovando el contexto,
el marco de un cedro antiguo,
una cabana en el bosque,
una bohemia de vino,
una huerta de credo:
nostalgia de lo no vivido.

Hormigas rojas, hormigas negras

La ciudad es un hormiguero,
energía echada a perder,
hormigas rojas y hormigas negras

en procesión hacia la faena
tórrida y tediosa. Oficinas
y salarios, de camino al domicilio,
pendientes de llenar suficientemente
de cerveza la nevera y de alitas de pollo
el carrito de la compra,
todo procedente de la chequera
bien intencionada y simbólica
del Estado paternalista,
tratándoles como niños
de pantalón corto.
Un combate a la hora del recreo,
¡cuidado!, que no se enfrenten
las hormigas rojas
a las hormigas negras.

Durante años viví de alquiler
en una calle con nombre de papa.
Recuerdos de encuentros
en un ascensor que precisaba
de mantenimiento y revisión técnica
continuas.
Las paredes traspasaban
las intimidades de las mujeres
que esperaban a sus maridos,
cocinando, limpiando,
sábanas y macarrones.
Escuchar las suelas de los zapatos
de Bernardo "el Practicante"
subiendo de dos en dos las escaleras,
una roja y una negra. «¡Socorro,
vecinos!»,
plegarias desatendidas.
Jamás vino nadie a ayudarme.
La llama, al calor de la aguja,
el algodón sobre la piel,
hasta la próxima visita
la medicina en vena.

La energía de esos apartamentos
de pisos y núcleos familiares,
de casa de empeño y prestamista,
alimentaba la esperanza y la ambición
en la España de los años setenta.
Densa y tupida como

una pesada manta de lana
de oveja de Madagascar.

Aquí, el cielo abierto de WeHo,
polvo gris ostra
de la costa del Pacífico Sur,
aparentemente limpio,
disperso, abierto, flotando
entre familias de judíos ortodoxos,
afroamericanos burgueses
de amarillo *sweater* Adidas,
y asiáticos con *suburban* familiar
y plazos de hipoteca
del Banco de América,
cubriendo sueños
que se escabullen
por los albañales, al cierre
de la nueva compañía
de su lar familiar
de cinco habitaciones
                    y cuatro cuartos de baño,
esperando descorchar
una botella de Sauvignon Blanc
                    o Chardonnay
después de que los niños se vayan a dormir.

La energía de los nuevos
hormigueros unifamiliares.
Hormigas rojas y hormigas negras
en busca de de grano y heno
para hacer acopio, llenar la despensa
para el invierno,
que ha llegado con anticipo
y se prolongará todo lo que queda de año.
Hormigas rojas y hormigas negras
frente a las licorerías
y los dispensarios de cannabis
—negocios esenciales—-,
y haciendo cola en las farmacias,
esperando por la dosis semanal
de antidepresivos.

La energía ni se crea ni se destruye,
va de casa en casa,
contagiándonos de un sentir

común,
de una forma de vivir
común,
de una desesperanzada y ritualístíca
manera de pedir subsidio.
El fin del milenio llegó veinte años tarde.
O las cifras no cuadran
o las baterías de la calculadora Casio
se gastaron en mil novecientos
noventa y siete.

La energía que flota en este ambiente
es de una competición barata
de delatores, soplones,
chivatos y ratas de penitenciaría.
Vigilantes nocturnos, guachimanes,
respuesta armada y solitaria
desde el tejado de la propiedad,
mientras los niños en los colegios
—en el noticiero del fin de semana-
mueren todos los años acribillados
en balaceras improvisadas
por dementes consentidos
en hogares de padres defensores
de la Segunda Enmienda.
La defensa armada
solo se acepta
sí es por el bien común
contra tus propíos vecinos,
los peores enemigos
posibles.

No hace falta vivir en un mal barrio
para darte cuenta:
la energía más oscura
la alimentas y cobijas,
a buen resguardo,
bajo tu propia ropa interior.

El *Economist* (I)

El Economist y cincuenta expertos
—los hay en todas partes—
se aventuran a ejercer y suplantar

al mismísimo Walter Mercado
y aseguran que
lo que viene —para el año
próximo y en adelante—
viene para quedarse
una buena temporada
de ciencia ficción.

Aunque los seres humanos
tendemos a socializar,
no tenemos de qué preocuparnos,
trabajaremos en conexión
a distancia, en espacios
encantados de la vida,
rehabilitando hogares
reconvertidos en zoológicos
de visita guiada
y abono de temporada baja.
Nadie en su sano juicio
soporta el tráfico
de hora punta en vías de acceso
—la ciento uno o la cuatro cero cinco—,
ni la vorágine de la sorpresa
y el insulto a voz en cuello.

Las oficinas —como espacio— cerrarán
en su práctica totalidad,
considerando arcaico y atrasado
el modelo de respuesta modular,
abrazando tecnologías disruptívas
como agua de lluvia de mayo,
o viento de Santa Ana,
con más asistentes digitales
que dedos en la mano
o en el agujero del culo.
Para trabajar de manera eficiente
—«¡como debe ser!»—,
se recordará a las empresas del pasado
como a los mamuts del Pleistoceno,
el Mesozoico y la era glacial.

Los viajes de empresa, reuniones
y congresos de la Edad Antigua
se desintegrarán,
en implosión atómica,

con el turismo de trabajo cancelado
sine die, in saecula saeculorum.
juntas en línea —curvas o rectas—,
videollamadas sin contacto,
ni mano bajo la falda,
ni boca en bragueta
de gerente de ventas regional.

Empresas dedicadas
a solucionar el requisito
de otra casa, necesaria
si se quiere trabajar
en el campo, en la urbe,
en un área residencial, en los suburbios,
generando valor, sustancia
y productividad sin supervisión,
midiendo resultados
en eñcacia y tiempo,
con plataformas de autoayuda
—indicadores Clave de Rendimiento—
y el mejor empleado de la semana o el mes
al alcance de una tecla.

Lo repetitivo, en reforma
virtual de esquema de suscripción
para iglesias, gimnasios, arte,
cine y entretenimiento:
¿acudir a disfrutar
en algún lugar físico?
Menuda excentricidad
pudíendo vivir
la realidad a domicilio,
sin contacto humano.

Las empresas invertirán
toneladas de dinero en tecnología.
El tercer milenio empieza ya
y la tradición,
llegará a su fin.
Solo queda esperar
su defunción definitiva
y asistir —de luto riguroso,
compungidos— a su funeral.

La fuerza laboral
reducida a mínimos históricos:

igual que los caballos
aparcaron el carromato
en la Revolución Industrial,
pudiendo dedicarse
a su verdadera vocación
—las carreras
y el pienso de calidad suprema—,
así serán suplantados
los humanos torpes y faltones
por robots de inteligencia artificial,
inalterable e infalible,
y vendrán despidos
masivos y desempleo,
seguidos de salarios mínimos
y ocio on-line a mansalva:
lo perderemos todo,
ya no tendremos nada
y —aseguran—
seremos muy felices y dichosos.

III

B.L.T.C

B. L. T. C. apareció inesperado
en el rancho de Texas,
jerry conoce
por su nombre a todos los gatos
que entran y salen y viven
entre la hacienda y la plantación,
que ocupa —más o menos—
seiscientas noventa hectáreas,
desde la carretera interestatal
hasta la frontera con Juárez,
cerca del río Bravo.

B. L. T. C. no fue bien recibido
ni por los gatos ni por las mujeres,
y parecía buscar
en nuestra habitación
cobijo, reposo y cariño.
no sé si antes o después
de algún escobazo
o de algún disparo de escopeta.
Se tumbó encima de mí,

escondido de todo y de todos,
mirando un televisor LG
de 75 pulgadas, en diagonal,
viendo películas de terror
un domingo por la tarde
como resaca de peleas
o de vino tinto.

Necesitado de asilo
más allá de los días
que pasamos en el rancho,
más allá de la caricia
y la comida a granel
de supermercado de carretera
o gasolina y licor,
el sábado escuchamos mascullar
a Concha entre dientes
y ruido y fregoteo de cacharros:
«a este, algún día,
me lo llevaré en la troca
y lo dejaré en el desierto
o lo tiraré al río».
El domingo, B. L. T. C.
se refugió en mi regazo
para no perderse el documental
de la Rolling Thunder Review.
«Deberíamos llevárnoslo»,
pensamientos en voz alta,
«parece habernos elegido».
Llamada a la aerolínea,
política de empresa
para animales a bordo,
tamaño de jaula permitido,
condiciones de vuelo,
precio total del billete...

Primero traslado en la van,
del rancho al aeropuerto.
Deposita los objetos
metálicos en la bandeja,
quítate los zapatos,
saca el ordenador
                                        portátil de la funda,
los líquidos, las cremas,
el abrigo y la bufanda y el sombrero;

quítate las gafas
—registro y control de metales, otra vez—,
enseña el carné o el pasaporte.

Me pregunto si ahora
que atraparon a Bin Laden,
y es —dicen— hombre muerto,
podría llevar el champú en la cabina.
¿Es is mucho pedir?
¿Soy un insensato? ¿O estamos todavía
en guerra contra el terror?

B. L T. C. no dijo nada
en todo el trayecto:
«¡me las piro a L. A., cabrones!»
fueron sus últimos maullidos
a los gatos del rancho,
jurando vengarse algún día
de Concha y de sus amenazas.

Cuatro años después,
B. L. T. C. no está conforme
con los cambios caae le proponemos.
Conoce como la palma de su zarpa
el vecindario y el distrito
y, seguro, tiene un par
de mujeres de avanzada edad,
judías ortodoxas
de peluca, falda larga y zapato plano,
que le consienten con *whiskas*
o quién sabe qué
y dónde pasa las mañanas.

El futuro que le espera
es aterrador para un gato urbanita
que se enfrenta a su instinto
persiguiendo ardillas de ciudad.
A la espera de "¡el horror, el horror!"
del corazón de las tinieblas del cañón
y su fauna cruel y salvaje,
cara a cara con la sangre seca
en las fauces
de generaciones de felinos,
carnívoros depredadores,
cazadores con instinto
animal de supervivencia,

velocidad y misterio.
Perseguir, acechar, saltar,
realizar emboscadas,
prácticas de caza
para mandíbulas y dientes
diseñados para rasgar
la piel, la carne, el hueso
y la captura, el agarre y la muerte.

Tendido eléctrico

El tendido eléctrico
cruza de patío a patio
de norte a sur, de este a oeste—
la ciudad y los suburbios.
Sobre las cabezas de todos,
afeando el paisaje metropolitano,
o embelleciéndolo
según la experta opinión
de los grandes fotógrafos urbanos.

Dudo si el peso
de todo el enjambre, que examino
desde la mecedora del patio trasero,
será excesivo
o se caerán —de tanto en tanto-—
algunos de los postes.
Uno, dos, tres, cuatro,
cinco, seis, siete...
hasta ocho cables distintos
                              cuento visibles
de compañías eléctricas y telefónicas,
televisión por cable, fibra óptica e internet,
el rubro de las telecomunicaciones.
Espero un accidente, un terremoto,
imagino
—The Big One, amenazando—,
acabará presentándose,
el día en que me dé
un baño de verano en la piscina.

Todos esos cables embrollados,
                              laberínticos,
y su baluarte de madera de cedro rojo
sucumbiendo sobre nuestras cabezas,

electrocutándonos,
mientras la ciudad de Los Ángeles,
quebrada en dos, se abre y muestra
la falla de San Andrés
en todo su esplendor y gloria.

«Todos los cables requeridos
que transportan y distribuyen
energía de uso común
están en condiciones óptimas,
energizados y dispuestos»,
dice el supervisor del condado.
«A no ser que sea un empalme
de algún cliente,
un caso aislado de corte moroso,
que localizamos de inmediato».
«En general, un ciudadano prudente
no roba potencia al muy capacitado
Departamento de Agua
y Energía de la Ciudad»,
recita el funcionario,
mientras no puedo evitar
partirme por la mitad
                                de risa.

La contaminación visual
es otro asunto que parece
no interesar a casi nadie.
Los Angeles Times apenas escribe
algún artículo al respecto,
cuando puede favorecer al alcalde
en campaña electoral
o asunto turbio.

Si mi amigo Richard trajera
su medidor de radiofrecuencias
que vibra y oscila
al acercarse a cualquier
dispositivo electromagnético,
sabríamos de las ondas que emite
este cableado sospechoso
que tiene todo el aspecto
de caer sobre la piscina
ele mi patio trasero,
sea por las corrientes

calientes y áridas
de Santa Ana
o por la falla activada
de San Andrés.

Vivimos sin quejarnos
porque en esta época
en la que se nos olvidó querernos
cualquiera que escriba públicamente
dudando sobre las torres de red celular
es un conspiranoico peligroso.
La ciencia, hoy,
no coincide con el medidor
de radiofrecuencias electromagnéticas
                    de Richard.
Ni sus datos, a ciencia cierta,
son tan precisos como asegura
el manual de instrucciones de uso.

Jugos de fruta

La casa de Topanga Canyon Road
pertenece a los dueños
de una célebre empresa
                    de jugos de fruta,
que supieron vender
en el momento adecuado
para montar otra gran empresa
de jugos de fruta,
todavía más exitosa y orgánica.
Es la prueba del éxito americano:
si tienes dinero,
no te costará demasiado
hacer más.
No sé si es buena noticia,
o aterradora y preocupante.
Siempre me alegra el éxito ajeno
y nunca envidio el coche de nadie,
ni rayo con una llave
la puerta de un Maserati.
Antes debería
sacarme el carné de conducir.

Lo mejor de la casa
de Topanga Canyon Road

son los terrenos, en plural.
No se sabe bien dónde acaban.
Nunca se preocuparon de este tema.
Delimitar los confines de una montaña
es una ordinariez, a todas luces.
En mitad del ascenso,
levantaron y mimaron
una caseta abierta,
para yoga y meditación,
con ojos cerrados
y chakras abiertos
a preocupaciones terrenales.
Más arriba se descubre un sendero,
entre arbustos enredados
y matojos de parque estatal.

Con habitaciones suficientes,
bastantes más de las necesarias,
cualquiera puede imaginarse aquí
una vida sin preocupaciones,
como en casi cualquier otro lugar
                            de Topanga Canyon Road.
Lo más impresionante
es el precio que acordaron y solicitan
para hacerse con suficiente plata
y salir de un país en llamas,
dispuesto —hoy—
a arrancarse los ojos
por un teiediario
o artículo de opinión.
Mucho más económico
de lo que cabría esperar
para nuestros posibles,
a lo que accedemos,
sin rechistar y un poco de puntillas,
presintiendo que no merecemos
ni tanta suerte
ni tantas comodidades.

Supongo que algo hizo cambiar de parecer
a los dueños de la casa
                            de Topanga Canyon Road,
los de la empresa
                            de jugos de fruta
que vendieron en un buen momento

para poder montar otra gran empresa
de jugos de fruta
mucho más exitosa y orgánica:
quizás no haga falta nada más.
Alguien accede a los requerimientos
y ya no te parece
el momento de vender
lo que pusiste a la venta,
ni tienes las ganas
de mudarte a Costa Rica,
o a dond.e sea que quieras instalarte
en Centro am erica.
Quizás los problemas de este país
solo sean una fase pasajera,
un ciclo que viene
y que se irá...
Quizás eras más feliz
de lo que creías en esta casa
que están a punto de comprar
estos completos desconocidos,
aunque en cinco minutos de charla
les pareciéramos buena gente
y aseguráramos no ser
asesinos en serie
ni traficantes de armas.

Escribimos una bellísima carta
a los dueños de la casa
de Topanga Canyon Road,
recreándonos en los detalles
de la fascinación y la maravilla
de hogar que habían creado:
que pensábamos honrar su tiempo
en este idílico lugar...
Así, durante un par de páginas,
dorando la pildora,
dando coba,
acariciando el lomo
y toreando la res,
para ablandar el corazoncito
de la familia de empresarios
que revolucionó el mercado
de los jugos de fruta.

Al día siguiente de nuestra visita,

después de leer nuestra carta
y sus adulaciones, dispuestos a todo
por esta casa de ensueño
y ganga de mercadillo,
nos confirmaron su decisión irrevocable
de no vender, envejecer y morir
en Topanga Canyon Road.

Versos de la calle

Versos de la calle
en servilletas de bar,
en las aceras
y en el asiento trasero
del Volkswagen,
de madrugada
o al caer la noche,
buscando inspiración
en el fondo de un vaso
de flor de caña, ron
de veinticinco años.

Maleante honorario
con reserva en celda
de castigo, en el hotel
de la Ciudad de la Luz,
con llave de forja,
vistas a Notre Dame
y escaleras estrechas
para subir valijas
a pulso
de huésped temporal.

Horarios dispares,
dispuestos y disparatados,
sin salidas ni entradas;
esperas ridiculas y secretas,
de belleza oscurecida
y realidad confusa,
heridas en las muñecas
que no parecen curar:
«cada uno se sacude las pulgas
como puede, a su manera».

Todos los de entonces
están muertos o débiles,
hartos, abandonados,
aburridos o gordos
                    y calvos,
perplejos
por sus nuevas certezas.
Y si entonces creían conocerme,
ciertamente no saben hoy
—ni por asomo—
quién soy, qué queda y qué sobra
de un encuentro de tiempo perdido.

La nostalgia de lo que no vivimos,
lo que creemos que pasó
y solo fue
un sueño inacabado,
unas líneas de delimitación
de carretera comarcal,
secundarios de lujo
en una película de serie B,
directa a videoclub.
                    Un flujo
de fondos de inversión
en escombros de derribo,

Desde el principio supimos
que no nos íbamos a encontrar
—en caso de hacerlo—
hasta que no estuviéramos perdidos.

Melrose Ave.

Tony y Christine conocieron
el área de la avenida Melrose
de finales de los setenta,
primeros ochenta,
en medio de toda la explosión
de la cultura *punk-rock*
a la que pertenecían y pertenecen
por estética, convicción y derecho.

Las tiendas y pequeños comercios
entre Highland y Fairfax
imitaban y complacían

caprichos y delirios
de efervescencia de fanzine
y clubes de cerveza barata
y anfetamína.
Escupitajos en el suelo,
pegatinas en las paredes
en baños oscuros y sucios
desplegadas como enciclopedias
de saber y conocimientos bíblicos.

Hambrientos de revancha
y contracontracultura,
empachados de híppísmo
de paz, amor y pelo largo,
barbas de apóstol
y proclamas desatendidas
—a la torera— en media verónica
y humo de lozana hipocresía
de estado del bienestar.

En los ochenta la política,
la música disco y la cocaína,
el *hard-rock* de laca y cardado
y la politoxicomanía;
pantalones rotos, imperdibles,
crestas y pelos de colores,
brillantes y modernos
a lo largo y ancho
de las aceras de Melrose.

El mítico Johnny Rockets,
las salas de comedia como el Groundlings,
valedoras del *stand-up* y la improvisación.
Las tiendas de discos y casetes,
la de Aron, la de René's,
Aardvark's y Vinyl Fetish,
con discos nuevos y usados,
ediciones limitadas o filibusteras,
pósteres gigantes —tamaño extra largo—
para decorar con las mayores estrellas
del firmamento y el espacio exterior
—solo gente de confianza y buen ver—
las habitaciones de los estudiantes
de secundaría
de la costa oeste americana.

Tiendas de ropa molona y apretada,
cuero, chupas, camisetas,
y música a un volumen atronador.
El Flip o el Poseur vestían
a una generación de nueva ola
                    y cresta
provocadora y alternativa.
Puestos de cómics —el Golden Apple—
y la escena de arte contemporáneo del Wako.
Peluquerías especializadas
en cualquier locura
que se cruzara por cabezas
dispuestas a la tribal sublimación
y el tinte agresivo y teatral.
«A tu disposición en salón Genesis».

La tienda de látex y sadomaso Slut,
y las perversiones eróticas del Drake
provocarían oscilaciones —sobra decirlo—
entre la risa descontrolada
y la indignación encendida,
                    en la puta cara
de la condescendiente intolerancia
de los noticieros y legisladores
de los años veinte del tercer milenio.

El portador

Uno preferiría no ser portador
de malas noticias
ni provocar llantos inconsolables
a los niños, descubriendo
al portero vestido de Santa Claus
o al alcalde del pueblo
robándonos a todos.

Que te despierten
de un vívido y delicioso sueño
con cacerolada y fanfarria,
frente a la ventana del dormitorio,
con un cubo de agua fría de resaca
y bomberos atendiendo a la voz
de la jungla —alarma de incendios
y gatos en la copa de los árboles del paseo—
no es plato del gusto de nadie.

El miedo
como falta de perspectiva:
no tienes nada que perder,
excepto dependencia y cadenas
de plata, nueve dos cinco, de ley.
«Eres libre ele hacer
lo que te digamos», te indican con amabilidad.
«Morir de nostalgia
por algo que no vivirás
                    nunca».
Pero algunas cosas toman su tiempo,
mientras otras se rompen para siempre:
la necesidad no debería ser,
forzosamente, una carencia.

Huxley nos advirtió:
«la medicina avanza tanto
que pronto estaremos
todos enfermos».
«La salud es», advierte
el pájaro de los agüeros,
«un estado transitorio
que no promete nada bueno».
El género humano
no soportaría
tanta realidad.
El día menos pensado...

Imperios caen todo el tiempo
y tus órganos vitales
no son infalibles.
Agotadas todas las posibilidades
en el tiempo presente,
definamos mí realidad:
vosotros sois mis personajes,
y yo estoy aquí,
                    como un árbol frondoso
al fondo de la escena, atento,
observándolo todo.
Hay que jugar con las cartas
bien pegadas al pecho
y apostar yjugarte el jornal,
con independencia
de la mano que te toque en suerte:

lo que es ir de farol.

Date prisa, lentamente.
Cuanto más profundo es el abismo,
más brillante es la luz.
La vida real está bien,
                    tal vez,
para la gente que no llega a más.
«Tal como eres,
eres más que suficiente»,
lo eso pretenden los malditos!
Igualados en la incapacidad,
ahora que hemos tomado
una decisión importante,
no matemos al mensajero,
démosle una buena propina
y un beso en los morros.
Portador de informes
                    y documentales
de una brutalidad
asombrosa y hostil,
ahora tendrá usted que actuar
en consecuencia.

MI ESCONDITE

Tú eres mí escondite.
Me proteges de los problemas.
Luna de deleite
que no conoce menguante.

Primero convenimos.
Después, el Universo nos escolta
en la dirección establecida
por nuestro compromiso.

Cualquier idea que
aceptamos como verdadera
se transforma en doctrina
que da forma, y que traza
nuestra realidad personal.

La civilización es imposible.
La corrección política está
asfixiando la libertad estética

con discursos moralínos
que juzgan y castigan
lo inadecuado, lo incorrecto.
Interrupciones
como intervenciones
en el centro de rehabilitación
Betty Ford.

La civilización es imposible:
¿es la condición humana
n puente, o es un muro
contra el que chocamos
con insistencia testaruda?
¿O es un inconveniente
siguiendo un curso
de expectativas subliminales?
La Mente Eléctrica,
la Chispa Suprema...
Imagino que, sí suspendes
indefinidamente la esperanza,
evitas la desilusión.

La civilización es imposible.
El miedo parece ser
nuestra condición natural.
Sabiendo cómo iba a acabar todo,
insistimos en formar parte del drama
con protagonismo
y sobriedad emocional.

Terminado, final, hecho.

Tú eres mi escondite.
Me proteges de los problemas.
Luna de deleite
que no conoce menguante.

El Economist (II)

El *Economist* y cincuenta expertos,
leyendo los posos del café
volcados en cerámica de Paterna,
caracoles y cauríes, vaticinando
que la medicina se adaptará
a lo digital de buen grado,

con citas a distancia,
teleconferencias y sermón
con total garantía y certeza.
Pruebas y vacunas,
los grandes desafíos
de las vías Láctea y Layetana,
una carrera de obstáculos a sortear.
Hospitales reconsiderando
su proceder y maneras,
en esterilización periódica
                    y aséptica.

Nos cuentan:
«La economía personal contraída,
en nuevas formas de generar
transacciones comerciales
y un ahorro colosal».
La electrónica prolonga
su apreciación máxima
y valor de adquisición.

Ropa elegante sustituida
por prendas casuales,
creciendo el comercio en línea.
Cerrará la mitad
de la tienda física global,
mientras la otra fracción
sobreviva como experiencia
y nuevos jugadores en showroom.

El centro comercial
queda atrapado en el tiempo,
pocos sobreviviendo
a medio y largo plazo.

El cambio climático
como tema de conversación,
respetado y deducido
como siguiente paso
lógico y natural
Grandes industrias adaptadas
y en transformación,
inteligencia artificial
para un mayor entendimiento
y maniobra.
La bicicleta convertida

en transporte decisivo
de la transfiguración
de la gran ciudad.
Una conveniencia
para lograr acuerdos
y ayudar a resolver
todos y cada uno
de los grandes problemas
de la Humanidad.

Nuevos modelos de información,
noticias por suscripción y contenidos
eliminando noticias falsas,
credibilidad y transparencia,
entre la espada y la piedra angular
de empresas de propaganda.
Cansados de notas adulteradas,
sistemas curados por expertos
como valor seguro y legítimo.

Es un nuevo reinicio.
Un renacimiento.
Un replanteo
de la meta personal,
del trabajo y la salud.
La gran oportunidad
de satisfacer la demanda
en un cambio de pensamiento
total y absoluto:
hay pautas y estilos
que nunca regresarán.

Innovación, tecnología,
pensamiento colateral.
La base de una realidad nueva:
«seguir haciendo lo mismo
es ir directo al desfiladero».
A tiempo de encontrar
el recorrido marcado,
las directrices están definidas;
solo debes aplaudir
sin rechistar
la nueva ruta.

La fiesta de cumpleaños

Nada ni nadie debería obstaculizar
la celebración de aniversario del diez:
la llegada a las dos cifras
como el adecuado fundamento,
a modo de despedida
de una década candorosa
y de una residencia —sita—
en lo que creíamos
el centro de todas las galaxias
conocidas y por conocer.

La entrada triunfal
a los suburbios del absurdo:
disculpe usted
si le parece que me deleito
en lo insensato y lo descabellado.
¿A quién no le gusta un poco de caos
y levantarse por la mañana
esnifando un poco de napalm
cortado a navaja
sobre la carta de los postres?

Invitados los amigos
del Parque del Roble,
los Guardianes de la Paz
y el Círculo de Confianza,
de la espiral concéntrica,
anillo de seguridad
abierto y libre, al infinito.

Las veladas a la antigua
con metodología de segundo milenio,
sobradas de comida, bebida y música,
a imagen y semejanza,
sin disimular
lapsus ajenos
y Jas no siempre tolerables
torpezas de manual.

Dedicando temperatura a canciones
y a artistas con clase y nivel
que merecen atención y rigor,
evitando la escucha aleatoria
y algoritmos forzados.

Vino, cerveza, *hard-kombucha,*
tragos de agave
para el desmadre general, y noctámbulo.
Tequila, mezcal y shots de raicilla
para quien se atreva a cantar
desnudo en la calle.

Juaníto no le tiene miedo
al miedo ni a la muerte,
los demás son diletantes
aficionados a ver los toros
desde la barrera o el corral,
centroeuropeos calvinistas,
de mercado de valores,
sin valor ni coraje:
o quizás —y simplemente—
tengan en. alta estima
su salud de hierro,
y permanecen indiferentes pero atentos
al desarrollo del temporal.

La obligación autoimpuesta
en el ejercicio de las relaciones públicas
y el trato cordial, tratando de cuidar
a quienes no conoces demasiado
o ignoras por completo,
disponiendo sintonía y contacto
o colisión de planetas
de órbita elíptica fuera de control.

Ejercer de maestro de ceremonias,
en visitas guiadas,
y mostrar lo que preferiría
que quedara oculto —a buen recaudo-
de discreción insólita
en tiempos de selfish
y red social abierta a la comunidad,
sin taladrar cerebros,
ni exhibir fotografías
o explicar cuadros,
señalando piezas
y sus curiosas procedencias...
O el lomo de libros y discos,
que son todavía imprescindibles
para entender el devenir

del arte del siglo
presente o del pasado.

Al final, los de siempre
y la del sofá,
a última hora, saltándonos
de buen y consecuente grado
toque de queda y salvoconducto
del amor en tiempos de guerra.
Hablamos de microdosís,
mirando a la nada y la luna,
debatiendo sí es satélite o base espacial,
aceptando el destino que viene
y nos depara el Universo,
que sabe mucho más de estas cosas
y escribe los mejores guiones.

Fallo del sistema

Sin techo. Indigentes.
Mendigos. Sin hogar.
Hace diez años
ocupaban un. sector
del Downtown,
las misiones,
el Skid Row,
el barrio bajo,
la zona chunga.
Dejaron de ser
ciudadanos,
poco a poco
perdiéndolo todo.

Enganchados al *crack*,
la metanfetamina,
al alcohol barato, al caballo...
Algunos llegan
a esta tesitura
desde la adícción,
otros recorren el camino a la inversa,
empezando a vivir
en la calle, entre cartones,
o con los despojos
de lo inútil.
Donde la vida consiste

en mera supervivencia
y búsqueda diaria
de lo inmediato,
el hábito o el aprieto,
el agua, el cobijo,
la droga, la manta,
la conservación y el peligro;
como animales en lo salvaje,
como depredadores y presas
de la cadena alimentaría
en la selva del pavimento.

Con serios problemas mentales,
hablando por la calle solos,
discutiendo con semáforos
o paradas de autobús,
viviendo al filo,
sobrellevando envites;
caerse y levantarse,
esquivando la mala racha,
el abandono sentimental.
Trabajos abandonados,
ceses y olvidos,
impagos y minusvalías,
facturas, impuestos y deudas...
El algoritmo es el Sistema.
Nadie desea un conflicto
ni con la policía, ni con la migra,
ni con Hacienda.
Afroamericano, blanco y latino;
no hay demasiados asiáticos,
¿quién sabe las razones?
Sí al respecto se manejaran
estadísticas fiables...
Aunque las haya de todo tipo
y sobre cualquier cosa
siempre que encajen y casen
con la narrativa correcta.

No recuerdo el momento
en el que empezaron a proliferar
las primeras tiendas de campaña
—no hace tanto, menos de una década—,
marcando la expansión de la miseria,
el abandono por toda la ciudad,

del Downtown hacia el oeste,
llegando a Echo Park,
rodeando el lago,
y a Silver Lake;
también cerca de la playa,
en Santa Mónica y Venice,
o en las avenidas principales
de WeHo, Culver City
y el bulevar de Hollywood.

Wakzeman,
ochenta, guión, ciento ochenta, tc,
una tienda de acampada tipo domo,
para dos personas,
con bolsa de transporte;
veinticinco dólares en Walmart,
incluidas las tasas,
aunque supongo que habrá
donde poder conseguidas
a mucho mejor precio.

El alquiler más barato
de un departamento
en la ciudad de Los Ángeles
no baja de los seiscientos pavos.
Un simple giro del destino,
tropezar y caer;
quien no tiene un amigo con sofá
verá rodar la moneda
por la orilla del callejón
de la soledad y la miseria.
Nadie puede hacer nada,
o nadie quiere hacer nada,
o nadie sabe realmente qué
hacer
contra este fallo del Sistema.

¡Fierro, pariente!

Muchos hombres
y una sola realidad.
La mayoría se asusta
por motivos razonables.
Ll fondo del pozo,
un imán excitante,

el único lugar seguro;
símbolo del sufrimiento,
hielo o hierro...

Lo que nos parece seductor
solo lo es hasta que empieza
a resultar aburrido bostezo,
despiadado y cruel.
Nadie quiere dar rodeos,
ni aguanta silencios incómodos.
Si se pregunta algo,
se responde en el acto.
Preguntas incómodas
—lo son todas—,
e intentar rimar bien
y en décima espinela.

Honestidad, emocional
frente a un espejo convexo
en el que solo apreciamos
trazos de decepción.
No perdonar debería
ser imperdonable.
Seguimos teniendo sueños,
esperando deshojar
la margarita de los pétalos pares.

¡Fierro, pariente!
Todo es mejor
de lo que te imaginas.

Bellini Drive

La casa de Bellini Drive
nos parecía interesante,
espectacular
en las fotos de la agencia,
d.urante las escasas semanas
en las que la oferta se mantuvo en pie,
mientras pasábamos por alto
algunos inconvenientes como
«zona residencial»,
por ejemplo,
o «¡Esto no es Topanga!»,
despreciando.

Alguna ventaja tendrá
pertenecer al confortable club
de la clase media del valle del Oeste,
entre Encino y las colinas de Agoura.
«Todo», dicen sin rubor, «son comodidades:
cerca de los centros comerciales,
de los dojos de karate y la autovía ciento uno».

A la chica de la agencia inmobiliaria
—le llamaremos Rose—
se le ha hinchado el brazo
como a un elefante,
vacunada
contra la gripe estacional.
Asegura que todo va bien,
que no le preocupa
y que este invierno
no tendra ni tos
                    ni mocos.

Orgullosa y vigilante,
la casa de Bellini Drive
—construida en lo más alto
de la colína, al fondo de la calle,
perpendicular a Rossini,
conformando la Gran Era
                    del Bel Canto,
cerca de Mullholland—
escucha el aleteo de los halcones
y el aullido de los coyotes,
                    tan a lo lejos
que tienes que imaginártelos.

Bellini murió a los 33 años de disentería.
Rossini a los 76, de cáncer colorrectal.
Bellini tiene un cóctel con su nombre,
una mezcla de prosecco y durazno
que popularizó el Harry's de Venecia,
al que acudían —quién sí no-
Hemingway y Orson Welles.

La casa de Bellini Drive
luce en su patío trasero
colína propia y altanera;
invita a contemplar el cañón

y a reflexionar sobre los crímenes
cometidos, con cuchillo de luz solar,
para llegar hasta esta atalaya,

Después de cíen años de sobriedad,
pone a prueba mí compromiso
con la rehabilitación y me planteo,
muy en serio, la suscripción vitalicia
a la Compañía de Vino
Natural y Ecológico
del Valle de Napa,
para leer —mientras atardece—
a William Carlos Williams,
saboreando una botella de Zinfandel
del noventa y dos.

La inspección geológica
es una experiencia fascinante
y recomendable
en zonas construidas
sobre fallas tectónicas,
con terremotos frecuentes.
¡Vaya usted a saber
sí hay peligro de desprendimientos,
grietas subterráneas
o arenas movedizas!
El geólogo de guardia
viste impecablemente de geólogo:
que nadie le confunda
con un interventor cualquiera
de menor grado.

En el plano perimetral
no queda claro a quién pertenece
la falda de la montaña
del patío trasero:
pero, sea quien sea,
posee la mitad del patío trasero
de la casa de Bellini Drive.
Las próximas lluvias de febrero
arrastrarán la colina
como agave sobre una tostada
que se desmorona en la mesa
de la cocina durante el desayuno.
Cerramos la puerta,

salimos corriendo
antes de entregar
el cheque al portador,
para que —«tente mientras cobro»—
no haya vuelta atrás.

DOS TRIBUS

Mucho antes de las autovías,
de las celebridades y sus séquitos,
de Wendy's y Taco Bell,
los nativos americanos
poblaron estas tierras.
Los Chumash, concha y océano,
barro, espinas y sal,
y los Humaliwo, donde boga
y cruje el fragor
de balleneros en canoa.

Ceremonias estacionales,
solsticio de invierno y verano;
un chamán ayuna por días
y danza y venera el sol.
Cada pueblo tiene su curandero,
astrólogo en canalización
con la bóveda celeste, interpretando
motivos y consejos
que guíen a su clan
hasta la próxima estación.
Mientras su mundo
—en cambio constante,
en espiral cíclica-—
solo admite dictamen
después de consulta
meticulosa y exacta.
Representa en sus cuevas,
en brillante naranja,
en amarillo de cadmio
y rojo merlot,
las hazañas y el registro
de lo que debe recordarse.
Cruzar el cañón
donde viven Los Otros
es entrar en territorio

sagrado, elegido:
un peligro innecesario.
Tanto entonces como ahora
son comarcas distintas,
tanto sus vidas,
como sus tierras,
como quienes las habitan.

Al otro lado de las montañas
la otra tribu gobierna.
La Tongva, a la que se nombró
con respeto y entusiasmo;
tiburones y algas,
conchas y almejas,
leones marinos y focas
cazadas con picas
y agudos arpones.
Moler bellotas y simientes
en metates de piedra tosca;
el universo encarnado en arena,
hombres y mujeres
—curanderos de tribu,
líderes religiosos—
frente a los altares
consagrados a Chingichnish,
cambiando de forma humana
a perfil animal.

De Playa Vista a Cuvunga,
y de ahí hasta Topanga,
los Chumash y los Tongva,
diezmados y abatidos
por las misiones españolas
dos siglos atrás,
no guardan
ni lengua ni escritos
en la memoria perdida.

Las calles están vivas
con el sonido del dolor

Las calles están vivas
con el sonido del dolor.
Arrastrados por la corriente,
fluimos con ávido estupor,

desencantados, aterrorizados,
muertos de miedo,
cagados en nuestros propios
pañales bucales,
zurcidos con el fervor del cenobita.

Las calles están vivas
con el sonido del dolor,
con la rabia de la conformidad;
sin hacer preguntas,
sin comprometer al estatus,
seguros de la estupidez
como mejor y único remedio
a cada uno de nuestros problemas.
«Somos uno y uno es nuestro
destino en lo Universal».
¿A qué me quiere sonar esto?
No quiero ni debo mentar
ni la soga ni al innombrable
en casa del ahorcado
que así lo dispuso.

Las calles están vivas
con el sonido del dolor
y Ángel Ganívet,
que intentó suicidarse
lanzándose a las aguas
heladas del Daugava,
para su propia desgracia
fue rescatado por la tripulación
del barco que le transportaba.
Consiguieron subirlo a bordo,
todavía con vida, forcejeando
y zafándose en lucha final
de campeón de la u efe ce,
con. un último hálito de vida,
para lanzarse de nuevo al río,
esta vez sí, logrando
su objetivo.

Las calles están vivas
con el sonido del dolor
y la última tribu nómada
solo dice su cantar
a quien pasea a su lado

y camina erguido con plumas
de avestruz en la cabeza.
De otra manera, prefiere callar
para no tener que enfrentarse
a quien prefiere no atender,
porque lo sabe todo,
y cierra con llave y candado
su condado y entrega
las puertas de su alma
                              a Moloch,
íntegro y complacido,
a cambio de nada.

Las sirenas, las sirenas

Las sirenas, las sirenas:
las malditas sirenas
de la policía y las ambulancias,
llevándose el cuerpo mutilado
de la última víctima
del descuartizaclor de WeHo.
Cada mañana,
a la hora que sea
que suena el despertador
—tic toc, tic toc—,
conecta las manecillas
con el paso agitado, a la carrera,
de un carro de la L. A. P. D.,
un Dodge Monaco —seguramente—
en busca y captura
de un delincuente local,
al este de la avenida Melrose,
o al oeste, hacía Beverly Hills,
en efecto Doppler,
disonante y caótico,
constante y pertinaz.
Pareciera que esperasen
—respetuosos o impertinentes—
hasta que me acuesto
para entonces volver
a atravesar la ciudad
de oeste a este,
de vuelta a la comisaría,
o a atender un nuevo escenario

de robo, asesinato
o violación múltiple.

Las hélices de los helicópteros,
aleteo de libélulas
de Ray Harryhausen
y cañones de luz astral
acosando a fugitivos
en la gran evasión, sorteando
los patíos traseros,
setos y cercados;
prófugos de la justicia,
asesinos en serie, obsesionados
con un papel estelar y protagónico
para el Netflíx que viene.
Helicópteros sobrevolando la ciudad en círculo,
dejándonos sin eventual escapatoria,
otorgando de pasada
un atisbo de seguridad
—«proteger y servir»—
en áreas de conflicto armado.

Varias aplicaciones para celulares
avisan a residentes paniqueados:
«El mapa del crimen
en la comunidad Lexis-Nexis»,
«La exploradora del vecindario»,
«El perro guardián de la familia»,
«Las vibras del área»
y «El punto del crimen».
Todos conectados
para descansar al caer el manto
de la noche cerrada angelina.
Prefiero dormir con tapones
aun millón de pantallas,
como decisión personal,
y no atender
ni a los unos ni a los otros.

El pasado miércoles nos despertó
un ladrón o un asesino
escalando hasta la terraza
del piso de arriba
del dormitorio principal.
Al otro lado de la puerta,

forcejeaba,
girando la manilla,
empujando con el hombro.
Con mi mejor imitación
de acento tejano encabronado
con el que mejor no bromear:
«¡No cruce esa puerta,
cabronazo, hijo de puta,
respondemos con arma!».
No hay que preguntar
ni dialogar, ni mostrar temor,
ni decir con voz temblorosa
que vas a llamar a la policía:
tardarán en llegar más tiempo
del que se necesita para hacer
el daño planificado,
porque nada bueno se le supone
a quien llega hasta tu terraza,
trepando por tejados
y cables de telefonía.
Rompí el vidrio de un puñetazo
y el asaltante, por fortuna,
salió corriendo,
supongo que asustado.

Sentí una extraña mezcla
de asombro por mi bestialidad
y un poco de pena por el individuo.
Le habría llamado,
o escrito un mensaje,
si hubiera tenido su whatsapp
a mano, si estaba bien,
si no se había hecho daño
arrojándose de la cubierta al suelo.

Planeta Vuela

Según información
restringida y confidencial,
recientemente desclasificada,
se dispuso en el Planeta Vuela
selección y turno
para ser reubicados
en cuerpos físicos

con el propósito de apañárnoslas
como buenamente podamos
y en lo que se requiera.

Cumplimos a rajatabla,
o eso creímos,
nuestra parte del acuerdo:
«Enseña lo que crees saber
o logras aprender,
a codazos y tumbos
en el salvapantallas
de la experiencia virtual».

Lo normal es ignorarlo todo:
que nos envíen un mentor,
un libro de instrucciones
errante y nómada;
caminante de arenas,
especializado en asignaturas pendientes
en las que —retrasados—
debemos esforzarnos aún,
con el temario suspenso,
al que no nos debimos presentar
en el momento debido
a los exámenes finales.

¡Descendientes que lo saben todo,
con la capacidad informal
de eonfrontar problemas
que somos incapaces de resolver!
Y nos planteamos, presumidos
y coquetos, insolentes y bobos:
«¿Qué puedo hacer por tí?
¿Qué escenario te voy a dejar?».
Imprudente responsabilidad,
la crema y la nata de la osadía.
Creímos, con prepotencia,
ser amenaza de los firmes principios
de nuestros progenitores.
Al final, quien nos presenta
el mapa y el itinerario
es la heredera universal del conjunto
de nuestro patrimonio.

Planeta Vuela,
desde donde se selecciona

el lugar de nacimiento,
el país de acogida,
la temperatura ele cocción
y las especias que condimentan.
¿Un comité especializado?
¿Un consejo asesor?
Ser de arcilla, plastilina o almidón
para poder fundir y grarinar
lo que quede de mí.
Que me traigan
en bandeja a la mesa,
trinchado con manzana en la boca,
relleno con frutas y adobo
para disfrute de los comensales,
con la maestría
del libro de recetas
de la cocina heredada
de mis ancestros
para mí descendencia.

El Economist (III)

El *Economist* y cincuenta expertos
consultan el tarot de Marsella
y las cartas que le salen al mundo
son de muerte y transformación.

La salud mental
es el tema recurrente,
ayudándonos
a sobrellevar la violencia,
la angustia y la soledad.
La complicación y torpeza
para trabajar en equipo,
tras vivir aislados,
por nuestro propio bien,
será el precio a pagar
cuando llegue la Factura
al final del atracón.
Mucho por producir,
nada que sepas hacer.

Los grandes problemas:
educación, salud, energía,
seguridad, política,

destrucción de la clase media...
Desarrollar soluciones
con reflectores y grandes capitanes
—benefactores y emprendedores sociales,
en su máxima expresión—,
con resultados económicos
muy sustanciosos
solo para unos pocos.

Mayor certidumbre,
mejores inversiones,
mejores deseos
mejor enfocados,
las nuevas empresas
de cocina oscura,
puertas adentro,
deshancando a todos
los que se resistan
a la tentadora tentación
del sentido único
y el modelo nuevo.

Pagar por suscripción
la transparencia y la seguridad.
Todo se puede copiar
menos el prestigio
y la credibilidad,
que es lo mismo que:
«yo te voy a decir
lo que tienes que creer y pensar,
que para eso llevo,
generación tras generación,
ganándome un puestecíto
en el quiosco ele las entrañas
de todos los ciudadanos desconfiados
que no saben en quién confiar
y mejor que se fíen de mí
que de otro mucho peor».

Regresa el reciclaje
con nervio y fuerza después
de un año de desperdicio
y enigmas desbocados.

El turismo, fortalecido,
sentirá emociones incontrolables

e indescriptibles en la naturaleza,
y experiencias con soluciones
de tecnología de asistencia digital
en lugares remotos, con experiencias
más auténticas y dinámicas
de entretenimiento interactivo
                    y Futurama.

El *Economist* y cincuenta expertos
—los hay en todas partes—
se aventuran a ejercer y suplantar
al mismísimo Walter Mercado
y aseguran que
lo que viene —para el año
próximo y en adelante—
viene para quedarse
una buena temporada
de ciencia ficción.

V

Tía Jemima

Tía Jemima se va.
Dejará de acompañarnos en desayunos
de panqueques y gofres.
Desde hace ciento treinta años,
en mesítas con vistas al vecindario,
saludo matinal al cartero
y a parejas de altos y rubios
Testigos de Jehová.

Tía Jemima era esclava
de cara sonriente,
en la etiqueta frontal
del sirope de arce
y harinas de mezcla.
¿Cómo hacer, dos siglos después,
un desayuno que no ofenda?
Esa pregunta ya está respondida.

Una receta de arroz
                    negro con verduras
para sorprender al mundo
con tus artes culinarias

infringe gravemente
las directrices de Pinterest
                    y de la Comunidad
de Hermanos y Hermanas,
sin resultados de búsqueda.

En las pruebas de crigenética
analizan mi a de ene
con total confianza;
reinventan la forma
en la que me veo a mí mismo.
Una línea de tiempo ancestral,
la imagen completa ele mi familia:
cuarenta y ocho por ciento
                    africana,
treinta por ciento de Oriente Medio
y solo un veintidós por ciento
vasco-navarro.

Soy negro, o de color eufemístico,
servidor de nadie; afroamericano.
Me emparento con un linaje ancestral,
al que solo pertenecen
los músicos que me gustan:
Miles, Mingus, Monk y Coltrane,
Little Richard, Al Green y Kiwanuka;
pintores incuestionables
como Basquiat, Bradford y Whitten,
y poetas sincopados
como Baldwin y Langston Hughes,
a quien dediqué un cuadro
que le avergonzaría.

Hay quien dice
que los mejores corredores
de corta distancia
son jamaicanos.
En una isla pequeña
no tienen espacio suficiente
para entrenar el maratón.
Y que los huesos de los negros
—esto se lo escuché decir a Edu—
pesan más que los de los blancos
y no flotan y se hunden.
«Por eso no hay destacados medallistas

en el mundo de la natación», dice.
Soy la prueba irrefutable
de la inexactitud de esos datos,
con medallón de plata
en la categoría de alevines
de un campeonato provincial,
y pruebas crigenéticas avaladas
por el Instituto de investigación Celular
de California.

Tom Bradley pone nombre
al aeropuerto de Los Ángeles.
Fue alcalde durante veinte años,
entre los setenta y noventa,
terminando su andadura
tras los enfrentamientos,
los disturbios y las revueltas callejeras
del noventa y dos.
Estallaron en Compton
y se extendieron por toda la ciudad,
tras la paliza que unos policías
propinaron a Rodney King.
Se encendieron todavía más
después de la leve condena
por abusos de poder
y discriminación de raza.
En total,
sesenta y tres muertos
y más de dos mil heridos.

Tía Jemima se va
de la etiqueta frontal
del sirope de arce
y harinas de mezcla.
«Un pequeño paso para el hombre,
un gran salto para la humanidad».

Acorde menor

Temores que se desvanecen,
tormentos que no te dejan dormir,
hincar la rodilla, rezar
por un giro del destino
que nos sorprenda...

que vean todos lo que veo,
¡y lo que se pierden!
Vivir sin máscaras de guerra,
sea lo que sea y lo que venga luego.

Quiero pensar que de todo se puede salir:
de las drogas, del alcohol,
del Fútbol, de las sectas...
Por la puerta de atrás o por la puerta grande:
la mentira se esconde y se escuda,
queda claro que todo les vale verga.
Algunas ideas se tambalean
y no es el momento de aminorar la marcha;
sube la marea, el agua hasta el cuello,
procura nadar y alcanzar la orilla
en Tierra Santa.

Salto al vacío, curvas de Topanga,
vecinos perdidos de cine mudo,
ágata y turquesa de camarilla y secta,
libros escritos y canciones de amor,
caftán y vuelo de manga larga,
ventanas abiertas y llave en el cactus.
¿Acaso me meto yo en sus asuntos?
Perro que ladra y te lame la mano,
paseo de tarde de puesta de sol,
como las horas finales de cada agosto,
silencio empapado en gotas de sudor.

Hago inventario
de lo que considero
una pérdida de tiempo
y, en el lado contrario,
de lo que aceptamos
como razonable,
talismán de fortuna
o palmario valor.

Quieren convencerte de que todo
lo hacen por tu bien,
confiscando bienes.
En tiempos de Robin Hood,
por mucho menos, el diezmo
de una cosecha era robo feudal.
Secuaces encapuchados,
ministros de Hacienda

de pasamontañas
de lana marrón.

No hay paciencia para quienes no creen.
Valora los amigos por sus méritos.
Y los que dicen que han escuchado
que alguien jura, que alguien les ha dicho
que el globo terráqueo no es esférico
u otras cosas que sí son increíbles
y prefiero no decir en alta voz...
Problemas y peleas que podríamos evitar.
Queda claro; no hay controversia.
De la piel para dentro, es mi casa,
un templo sagrado, mí comarca inaccesible.

Partiendo de una premisa ambigua,
de inexplicable manera aceptada
por gran parte de la población,
puedes equivocarte una y mil veces,
las manos manchadas de sangre,
artimañas a nuestras espaldas,
lo inaceptable dicho a la cara.
Jamás pensé que pudiera pasar,
«has cambiado, ya no eres el mismo»,
y de aquí nunca me moví,
Misma baldosa, un futuro brillante
y mirar donde pocos se atreven
me obligan a lucir, permanentemente,
distintos diseños de gafas de sol.

El proceso es lo que más me importa,
la belleza del tiempo consumido,
un breve matiz,
una nota de paso,
un acorde menor.
Hoy te obligan a disculparte
sin haberte todavía equivocado.

Todos quieren mi dinero

Mudanza.
Adiós a West Hollywood,
sin remordimiento ni pesar,
y adiós al patío trasero, a la piscina
y a la caseta de invitados

construida en —apenas— cinco dtas,
y reconvertida en estudio de creación
y contemplación de la nada.

Las vistas en Topanga
no tienen precio,
pero pagaremos una fortuna
por contemplarlas.
Vistas con casa
hacia el cañón,
por encima
del umbral de la niebla
y, en días claros,
hacia Downtown
y hacia la playa,
Isla Santa Catalina.
(Natalie Wood
y su yate "The Splendor"
anclados en el embarcadero.
Causa de defunción: «Ahogada
y otros factores confusos».
Un caso sin resolver,
con todos los datos a disposición
y algunas sospechas
más que razonables).

Todos quieren mí dinero.
Doug es un tipo fantástico:
prepara presupuestos
que nunca llevamos adelante.
Nos debería mandar
                                        al carajo.
No lo hace y, agradecidos,
solicitamos otra nueva estimación,
para otro nuevo proyecto,
que tampoco llevaremos a cabo.

Tony y Seven miden pies de cable,
llevando sonido y cobertura
a todas las áreas de la propiedad.
El eco retumba en el cañón
en el Día de los Veteranos,
protestan las viudas
que desaprueban
                                        —nadie sonría

ni beba una gota de más—,
mientras se llora a sus maridos
caídos lejos de nuestras fronteras
en guerras infinitas.

El nombre del pintor
se me olvida al instante
de despedirnos
pero ya ha pintado
estas mismas paredes
—todas las vigas y muros—
a las que volverán
mil colores pequeños,
¡vibrantes y mexicanos!

Dice que se vino a vivir
a estas remotas montañas
en la década de los sesenta...
Un dato del que presume,
con prestigio de insignia.
Peinaba, entonces, melena
hasta la cintura, y hoy
se quita la gorra
y no queda rastro
                    de lo que asegura.
También ha perdido oído
y hablamos a gritos
a un volumen violento,
y la conversación se desvirtúa
y se transforma en algo
mucho más gracioso y memorable.

Todos quieren mi dinero.
Ese es mi sentir
rodeado de gremios,
a los que hemos reunido
a media mañana,
llegando desde chamizos
con mecedora en porche
y televisión por cable,
donde pasan la tarde
bebiendo cerveza
y viendo un partido infinito
de *hockey o softball,*
lo que sea que pongan a esta hora

en uno de los millones
de canales deportivos.

La llamada es de Mick Cohen,
judío y prestamista
que, a cada segundo,
                    pasa la minuta
como si fuera de horas.
Siempre con malas noticias.
Seguramente los bancos eviten
prestarnos dinero
al precio que está el dinero
y suban los intereses
o pierdan interés en nuestros asunl os;
que, en realidad, ni les incumben
                    ni les importan,
en estos tiempos de crisis perpetua
y vísperas del crack total.

El mañana no es de fiar:
dicen que nunca llega
pero siempre llega,
y no es el mañana
que aseguraron,
sino otro, muy distinto,
que proyectamos años atrás
y nos alcanza finalmente
dejándonos KO
                    y sin habla.

VÓRTEX

Comenta Zach,
nuestro nuevo vecino,
amigo y fundador
de los Guardianes de la Paz,
que su casa y la nuestra
confluyen en un vórtex
intenso y energético,
que late fortalecido
bajo la belleza inñnita
de un corazón sanador.

Un lugar sagrado y poderoso,
una catedral sin muros,

ahora reconstruidos,
para nuestro placer y arrebato,
para experimentar psicoactivos
las misteriosas fuerzas cósmicas
que —dice— aquí emanan.
Un centro de energía giratorio
—de arriba abajo, de abajo arriba—,
donde la tierra parece
convocar recarga,
clama y eleva
soplo y arrebato
al corazón etéreo;
el secreto prodigio,
devastador y escénico,
desde las imponentes formaciones
de rocas.

Una belleza física pura,
para el asombro y el abrazo
del mayor espectáculo del mundo.

VI

Las llaves

Después de semanas de llamadas,
papeles, firmas, conversaciones
estériles o inconclusas;
de mantener en vilo el aliento,
de esparcirnos, despedazarnos,
perdernos y encontrarnos de nuevo;

hoy, a las doce del mediodía,
a la hora acordada —ni un
minuto antes, ni después ninguno—,
puntuales a la cita,
hemos recibido, sin ceremonia
ni fuegos de artificio,
las llaves. En mano;
dos. Cobrizas, corrientes,
como las que llevamos todos
en nuestros bolsillos,
amarradas a cadenas,
a colgajos, a aretes
que acomodan, reúnen,

disponen y delimitan
la comarca de nuestros dominios.

Las llaves del nuevo reino,
custodiado y protegido
por una puerta de entrada
que es también la de salida,
con cinco puntos de cerradura,
seguridad máxima; aunque apenas
se conozcan casos de expolio
ni delincuencia constatable,
solo resquicios en la memoria
del asesinato de Gary Hínman
en el nueve-seis-cuatro de Old Topanga Road,
en julio de mil novecientos sesenta y nueve.
Siguiendo órdenes de Charles Manson,
Bobby Beausoleil le asestó
dos puñaladas en el pecho,
mientras Susan Atkins y Mary Brunner
cubrían el rostro de Gary con cojines
de raso y plumas de ganso,
asfixiándole, agonizando hasta morir,
con un rosario de cuentas budista en las manos,
entonando: «Nam Myoho Renge Kyo».
Por lo demás, aquí parece reinar
—hoy en día— tranquilidad montañera,
de espina de pino y
camisas de franela y leña seca.
Población: ocho mil doscientos
ochenta y nueve habitantes
censados.
Algunas pequeñas contrariedades:
los coyotes que devoran a las mascotas
de las señoras de pelo largo y cano.
Al final de un verano eterno,
de calor desértico y
vientos de secador,
algunos incendios sorpresivos
y conversación telefónica
—o llamada en espera—
con la aseguradora,
desde la habitación de un motel
de carretera en el valle.

El futuro es ya...

Hasta la próxima tregua.
Aunque parezca
que algunos ruegan
por no hacer planes de ningún tipo,
tampoco vayamos
a ponernos quisquillosos
al despertar y ver amanecer
desde un rincón cualquiera
del cañón de Topanga.
Nuestra historia no será una flecha
avanzando pareja con el progreso,
pendientes de una hebra
de hilo de ovillo de lana,
con los cíborgs y las víctimas
del fundamentalismo científico:
pobres hombres,
con el chip en el corazón
y con la moral de un chimpancé.
John Lennon nos advertía:
«La vida es lo que sucede
mientras haces otros planes».
¿A quién vas a hacer más caso,
a un cantante talentoso y sensible
o a un trabajador ocioso
de la administración local
que cree ser amo y señor
del expolio de todos nuestros sueños?

¡Esa manía que destruye y manipula,
negando la naturaleza, a base de leyes
para protegerla de sí misma!
El principio de la proporción áurea
comprende que un número irracional
vincula la geometría a la materia,
la esencia a la evidencia.
Nada que observes en este plano
es distinto de lo que te espera
al otro lado.

«Toma las llaves», me dicen,
y las guardo en el zurrón
sabiendo que este es
el comienzo de una gran aventura.
Que nos alejaremos de todo
para estar aún más cerca,

más cerca del espacio entre nuestros ojos,
manos y boca, el mínimo admisible;
para considerar solo
lo que de verdad importa, y el sonido
que hace girar,
sobre su propio eje,
al planeta Tierra.

* * *

Muy agradecido por guiarme y acompañarme en estos primeros pasos a Noelia Illán, Juan Carlos Espadas-Aragón, Silvia Grijalba, Elena Medel, Guille Galván, Nacho Royo, Antonio de Egipto y Mara Suárez (Bandaàparte), Sergio Abuja y Jesús Fdz. Úbeda.